

III Domingo de Pascua (23-04-23)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

La Iglesia, en el Tercer Domingo de Pascua, nos coloca en la situación de todos los cristianos que estamos necesitados de ver al Señor y, así, poder creer hondamente en que Él ha resucitado.

La primera Iglesia tuvo también este problema que, incluso, algunos cristianos que habían participado de la primera experiencia se van de Jerusalén, rompen el grupo, porque interpretan que la gran historia de Jesús (su predicación, su profecía, sus acciones milagrosas y también su muerte y la forma en que murió), es una historia esperanzadora que, al final, fracasó. Y, por lo tanto, todavía inunda el corazón de ellos (y de todos nosotros ante tantas situaciones frustradas), impera la muerte.

Y, por eso, en el Evangelio de hoy (Lc 24, 13-35), se nos muestra cómo la Iglesia fue encontrando el camino para que todas las generaciones, inclusive, las que no habían visto directamente, o que, más bien, sintieron dudas respecto de lo que Jesús había hecho (porque habían escuchado el relato de las mujeres), podían recuperar esa esperanza y hacer experiencia del Señor.

Ustedes ven que una cosa importante que el Papa hoy día ha señalado es que el Señor se aparece ayudando a los discípulos a “releer” lo que les ha sucedido. Pero no es que no vean al Señor, es que no comprenden que el Señor puede

acompañarlos. Sus ojos están cerrados, hay una ceguera, y esa ceguera se produce porque todavía prima en la vida de las personas el principio de la muerte, todo termina en la muerte y no hay nada más que hacer.

Y eso es, justamente, el tema que quiere tratar este texto que nos ayuda a superar este pesimismo, esta tristeza que nos lleva siempre a discusiones, a peleas (dice el texto que iban discutiendo, no solamente iban conversando, iban discutiendo por el camino). ¿Qué culpas podrían haber atribuido? Pensar, quizás ¿por qué Jesús se dejó matar de esa manera?... pudiera haberse escapado y ahorita podríamos haber hecho la revolución.

Todo eso, que son las esperanzas que los seres humanos tienen, se han desvanecido. Y la Iglesia, en cierto modo, pierde la fe, porque la única fe verdadera, la fe que nos ha propuesto nuestra tradición y propone toda la Biblia, es la fe en la promesa de la felicidad plena y de la resurrección y, por lo tanto, de que la muerte no tiene la última palabra.

Cómo, entonces, el Señor hace para que nosotros, los que vivimos lejos de Jerusalén, los que vivimos en distintos pueblos, recuperemos esa capacidad de ver que la esperanza última de la resurrección suscita en nosotros una esperanza mayor de tener, luego, la habilidad de volver, inclusive, a Jerusalén y a enfrentar los problemas y de salir airoso, sin ufanarse de nada, aceptando que somos limitados. Lo primero que hace el Señor es ponerse en la situación de ellos y, por eso, va caminando con ellos (inclusive, el texto original dice “de qué van hablando, mientras van caminando”), de tal manera que, Jesús los acompaña al mismo ritmo y, desde ese mismo ritmo, les pregunta.

Ellos, primero, le reclaman: “¿Eres tú el único que no sabe lo que ha pasado?” Y Jesús le dice: “¿Qué cosas?”, se hace el sonso, se hace el que no conoce nada siendo el protagonista, ¿por qué? Porque quiere que los discípulos, en primer lugar, **vean la realidad**. Y para eso suscita en ellos la capacidad de hablar.

Eso se lo digo también para toda la Iglesia de Lima, también para los catequistas, para nuestra hermana que acompaña el proceso de los jóvenes... siempre les pregunte ¿Qué cosa paso?, ¿cómo está la vida? A veces viene una persona que se autocondena en la Semana Santa, se dice a sí mismo: “Yo soy una pecadora, yo soy un pecador, no sirvo para nada, condéname, mándame una penitencia fuerte”. Y uno tiene que preguntar ¿a qué te refieres?, ¿qué pasa?, ¡explica!

Uno de los problemas más grandes que tenemos los humanos es que somos como “diablo en botella”, nos encerramos, estamos desesperados y no expresamos para poder entender. Y, antes de juzgar, primero, se necesita comprender.

Por eso me referí, en una homilía pasada, a este diálogo del Papa con esos jóvenes, que son jóvenes con muchos problemas, pero, primero, hay que escucharlos y que se expresen las personas. Todos somos seres humanos que tenemos que expresarnos, no somos mudos, necesitamos decirnos y escucharnos y, por eso, Jesús los escucha.

Sólo después de haber suscitado en ellos la capacidad de hablar y de decir lo que les pasa, le hacen el relato largo de cómo había sido Jesús, cómo había sido gran profeta y todo lo que hemos hablado hace un ratito, sólo después de eso, les llama la atención: “*Necios y torpes son ustedes para creer lo que anunciaron los profetas*”. No es una recriminación, los

llama “necios para creer”. ¿Qué significa esto? Los discípulos eran hebreos y, en la tradición hebrea, estaba la idea de que siempre hay que recoger, del Antiguo Testamento, aquellas cosas que son anuncio de lo que venía después. De hecho, hemos visto en la primera lectura cómo Pedro recuerda un salmo cantado por David en que dice que el Mesías jamás será abandonado y no conocerá la corrupción. O sea, que estaba profetizado ya en el Antiguo Testamento que el camino que usa el Señor es meterse con la gente, sufrir con la gente e inclusive, sufrir la muerte, pero desde allí levantar y, por lo tanto, resucitar, para poder hacer que todos resucitemos, para que perdamos el miedo a la muerte y entremos en la Vida.

Y, ¿por qué habían sido tardos y torpes? Porque, en vez de seguir el Espíritu de la Escritura, quizás, había podido más la tragedia que habían vivido. A veces nos pasa, hermanos, nos pasa humanamente que creemos, somos fieles, pero es tan duro lo que vivimos que nos olvidamos de la fe, lo que nos dice que, en la historia, Dios siempre procuró la esperanza de la gente, fortaleciendo la fe mediante la predicación de la Palabra.

Y, entonces, Jesús les cita algo que Él había dicho: “*Es necesario que el Mesías padeciera*” (eso también está en el Antiguo Testamento con el “siervo sufriente”). De tal manera que les ayuda a profundizar su fe con una pedagogía que, entonces, en vez de juzgarlos, los ayuda a comprender lo que están viviendo y, simultáneamente, les explica las cosas.

Y les explica largamente, hace una larga homilía, como en la Misa (en el fondo, esto es una Misa). La primera parte es esta Liturgia de la Palabra en que explicamos la escritura, y la

explicamos y la debemos explicar siempre de tal manera que puedan entenderla, pueda acercarse a sus problemas. Por eso, el Señor, primero, hace que ellos digan su problema. Y luego la Palabra que les anuncia es como agüita sobre un terreno bien preparado, en donde la semilla ya está plantada, de tal manera que irriga y va a florecer, va a resucitar la persona.

Quisiera que esto lo tengamos muy en cuenta. Ustedes digan en sus parroquias a los sacerdotes: “Siempre que usted hable, padre, por lo menos, que nos caliente un poquito el corazón”, que un poquito nos ayude a darnos cuenta de que el Señor está con nosotros. No que nos dé el Espíritu, porque el Espíritu el Señor ya nos lo ha dado, sino que lo despierte porque, a veces, como ustedes saben, si yo me demoro mucho, ustedes se adormecen y, entonces, el Espíritu se apaga también. Entonces, tengo que ser suficientemente hábil para apurarme un poquito, pero decir lo propio para despertar en Uds. al Espíritu que ya vive y mora allí.

Pues, bien, ayudémonos mutuamente, ayudemos a la Iglesia y a los sacerdotes a predicar mejor, y también díganme a mi las críticas, no hay ningún problema. A mí me encanta la crítica, porque así puedo reparar también los errores que tengo. Y yo creo que toda esta renovación que estamos haciendo en la Iglesia de Lima, el Plan Pastoral, debe ayudarnos a todos para decirnos las cosas: “Padre, predique mejor”; “padre que no nos durmamos cuando nos hable”; “padre, que nos encantemos del Señor cada vez que usted habla”. Ojalá podamos lograrlo todos.

Y es tanto el calor que les produjo a los discípulos que, cuando el Señor se va, que no saben ni quién es Él, los discípulos le dicen: “*Quédate con nosotros*”, un poquito más, una tacita de

café!... En este caso, se sientan, comparten el pan y lo reconocen. ¿Por qué lo reconocen? Porque hace los gestos que Él ha hecho con ellos y hace con nosotros para tener esperanza y les devuelve la esperanza. Evidentemente, ellos ya no lo ven porque el Señor está presente en lo que han vivido.

Y eso es una de las cosas más lindas de este Evangelio: nos remite a nuestra vida para ver ahí al Señor. No nos hace escaparnos de la vida, ver al Señor no es tener alucinaciones, no es esperar que, de un momento a otro, se nos aparezca la Virgen, San Judas o San Juan. De repente, alguien puede ver algo, es verdad, pero, el gran problema es que esperamos las cosas mágicas, y la fe no es una magia, la fe entra en la realidad porque sabe que su Señor está metido en ella y su Espíritu es el Espíritu resucitador de los muertos y, por tanto, nos saca de la muerte.

Quería mencionar a nuestros trabajadores y a la jefa del precioso Archivo Arzobispal que tenemos de la Arquidiócesis de Lima, porque ellos, al sacar documentos, rescatan el Espíritu de la Iglesia del pasado, hacen resucitar a tantos que han pasado y han tenido fe como nosotros. Si no hubiera investigadores o personas que cuidan el archivo, no podríamos tener luz. Ahí tienen ustedes a Santa Rosa de Lima y a San Martín de Porres en sus partidas vivas, así, tocando tierra.

Por eso, finalmente, los discípulos, gracias a la ardencia y a la fuerza del corazón es que se levantan y vuelven a Jerusalén y van a encontrarse con los discípulos para comunicarse la gran noticia, ha resucitado y se nos apareció.

Hermanos y hermanas, esto también va para nosotros: hoy día, en medio de sufrimientos, tenemos la posibilidad de que,

entrando en nuestros problemas y expresándolos, podamos escuchar al Señor que nos dice: Esto no tenía que ser así, para que se cumplan las escrituras porque, es verdad, en medio de los dolores y dificultades, también se cumple el deseo y la verdad de un mundo mejor, de una esperanza viva y también de una esperanza súper humana que el Señor nos ha prometido y nos da con la vida eterna, que comienza aquí en el amor gratuito vivido en la Iglesia.

Que Dios los bendiga y podamos decir todos: *“En mi vida y en nuestra vida, en donde yo vivo, ha resucitado el Señor”*, porque, ahora, nos ayudamos, Él está presente, estamos alegres, estamos animados, estamos haciendo cosas lindas. Y lo quiero decir: parece que, en Lima, el Señor está resucitando porque están llenísimos todos los almacenes de Cáritas de la gran entrega generosa que están haciendo ustedes de bienes para la gente damnificada. Y no solamente los de la diócesis, sino las parroquias, porque se están movilizandoy estamos sumamente alegres porque esa es la nueva Iglesia que tenemos, una Iglesia que acompaña en el sufrimiento como el Señor nos acompaña en nuestros dolores en el camino.

Bendiciones también para nuestra querida archivera y a todos los archiveros que están trabajando, bendiciones para todos los chicos de la confirmación, y bendiciones para la Parroquia de san Lázaro que cumple 460 años, y que sigamos adelante en la esperanza que el Señor nos da y no nos niega jamás.

Amén.